

# REVISTA CINEMATOGRAFICA Y TEATRAL

Editada por la EMPRESA ZIG-ZAG en Santiago de Chile. — APARECE QUINCENALMENTE

Precio: \$1.-  
EN TODO EL PAIS

Director en Santiago: ROBERTO ALDUNATE  
Director en Hollywood: C. F. BORCOSQUE

SUBSCRIPCION ANUAL  
\$ 23.- en el país  
\$ 40.- en el extranjero

Toda correspondencia debe dirigirse a EMPRESA ZIG-ZAG — Casilla 84-D, Santiago de Chile. — Bellavista, N.º 669

AÑO I SANTIAGO DE CHILE, 12 DE AGOSTO DE 1930 NUM. 10

## ¿MAS IMPUESTOS AL CINE?

Se ha presentado a la Cámara un proyecto de ley para protección al teatro chileno. Loable es la iniciativa de orientar en forma definitiva las actividades de nuestros autores de teatro y de nuestros artistas. Pero, por desgracia, se incurre en la mala política de fomentar una actividad con desmedro de otras que tienen igual importancia en la vida moderna. La ayuda al teatro chileno, — justa y necesaria, — se haría a expensas del cine que es espectáculo popular cuya influencia en la educación y universalización de las costumbres nadie podrá desconocer. Gracias al cine el hombre más humilde sabe de la vida en los más apartados rincones del mundo. Merece a las películas aduana más diversa de los pueblos que imponen hoy su cultura y sus modalidades. La historia, aunque algo desnaturalizada por la fantasía y la literatura, ha penetrado objetivamente en la conciencia de la gente del pueblo en virtud de las recreaciones históricas que se han hecho para el cine. Atacar el cine, es atacar una actividad que conduce al progreso. Impedir su libre avance es mirar hacia atrás.

El teatro chileno debe ser protegido. Merece que se le dé toda la atención que se le da en otros países. Créanse concursos anuales y permanentes: subvenciónense a las compañías nacionales que hagan teatro nacional; exónense de impuestos a los espectáculos chilenos... Muy bien... Pero que todo eso no se haga arruinando las actividades del cine.

No hay, tal vez, comercio más grabado que el cine. La internación de una cinta sonora con suca importa por derechos de aduana más de diez mil quinientos pesos; por derechos de censura se pagan doscientos ochenta; por entrada a los espectáculos el diez por ciento del precio; etc. Finalmente, este comercio está afecto a todos los impuestos comunes, como son los que se recaudan a los recibos de arriendo de películas, los de los libros de contabilidad, los de patentes de oficina, etc. etc.

En de esperar, pues, que el proyecto de protección al teatro chileno se financie en forma justa y sin que ello envuelva la ruina de una actividad en torno de la cual hay respetables intereses.

## RESULTADO DE NUESTRO ULTIMO CONCURSO

Muchos lectores de «ECRAN» acertaron en el último certamen quincenal para obtener el estuche de Perfume Coty. Sorteados los premios entre los acertantes, resultaron favorecidos: con el primer premio, la señorita Olga Albrecht Pérez, domiciliada en Avenida Maouel Montt, número 188; con el segundo premio, la señorita Olga Gestling, Delleña, 975.

## ECRAN SE LEE EN EL CAIRO



El actor chileno PEDRO LAMA, que desde años trabaja para el cine en Egipto, nos envía esta grata fotografía en la cual aparecen la actriz SOROYA HANEM y él leyendo el primer número de nuestra revista, que, como se ve, ha llegado ya hasta el lejano Oriente. Satisfactorio es para nosotros que hasta el pie de las Pirámides llegue por intermedio de «ECRAN» un hábito de la vida CHILENA...

# “LA COMPANERITA”

Comedia en tres actos, original de

ALEJANDRO FLORES Y RAFAEL FRONTAURA

ESTRENADA POR LA COMPANIA ALEJANDRO FLORES EL JUEVES 8 DE NOVIEMBRE EN EL TEATRO VICTORIA, DE VALPARAISO

## Reperto:

ELIANA.....	Venturita López Piria.
VALENTINA.....	Ana Novella.
LA CHISPITA.....	Gabriellita Uvilla.
SOPIA.....	Avelina López Piria.
MARGARITA.....	Palma Fernández.
LUCIA.....	Totó Uvilla.
LA COCA.....	Carmen Moreno.
LA GATA.....	Rosa Crespo.
GABRIEL.....	Alejandro Flores.
FERRERITA.....	Fernando Setter.
PINEDA.....	Rogel Retes.
MARTINEZ.....	Rafael Frontaura.
EL GRINGO.....	Plácido Martín.
AREVALO.....	Adolfo Gallardo.
CAMPUBANO.....	Julio Ahumada.
UN MARINERO.....	René Vargas.
EL MAESTRO.....	Miguel Zepeda.
UN MOZO.....	José Pacheco.

## PRIMER ACTO

Buhardilla de pintor, ambientada con cartones al carbón, algunas acuarelas, cabezas de músicos célebres en mascarillas, y disposición más o menos armoniosa de los muebles humildes. Veniana al foro, izquierda, por la que se ve un trazo azul de cielo y algunas copas de árboles verdes. Una letra bierre sobre un anafo; servicio de café ordinario. Atril con cuadro; sillas de pintora; hay pobreza y cierto desorden en todo, pero hay una irresistible simpatía en el modesto taller.

### Escena I

GABRIEL Y ELIANA.

Gabriel, con saco de pintor, da algunas pinceladas que observan con cierto descontento. Eliana, humildemente vestida, cose junto a una mesita que habrá en primer término derecha. Al levantarse el telón y con breves intervalos, durante el desarrollo del acto, se escuchará ruido de cornetas y casacaes, que viene de la calle. Es Carnaval.

GABRIEL (después de una pausa).—Es inútil: con el estómago vacío no hay arte posible. El que dijo que el arte y la pobreza deben marchar juntos, dijo una solemne idiotéz.

ELIANA.—No rabies, Gabriel.

GABRIEL.—¡Si quisieras que esté alegre con esta pobreza vergonzosa!...

ELIANA.—¿Quieres otra tacita de café?

GABRIEL.—Café...

ELIANA (levantándose a servirle).—Sirvete: te levantará un poco el espíritu.

(Gabriel enciende su pipa. Pausa.)

GABRIEL (bebiendo café).—Café, el amigo mentiroso de todos los pobres diablos. (Nueva pausa breve). Voy a salir a ver si me consigo algo de dinero.

ELIANA.—Y esa señora, a la cual estás retratando, ¿no podría anticiparte algo a cuenta de tu trabajo?

GABRIEL.—No me atrevo a pedirle. Apenas llevamos dos sesiones. Además, esa señora me fué presentada por Pineda, en el camarín de la Areliana, de modo que es como un trabajo de amigo. ¿Está limpio el vestón?

ELIANA.—Sí... (Le alcanza el vestón, que está colocado sobre una silla). Algunas manchas no salieron del todo, ¿sabes?... es que me faltan fuerzas para limpiarlo.

GABRIEL (poniéndose el saco).—Luego no quieres que me desespere. Sin tener ni para lo más indispensable... con la ropa ya imposible para presentarse en ninguna parte decente.

ELIANA.—No desespere, Gabriel; tenemos dos esperanzas: la de que den a ti el trabajo de decorar la casa del señor Zusanábar, y la de que yo pueda conseguir ese empleo en el Correo.

GABRIEL.—Con esas esperanzas no estamos sosteniendo desde hace casi un año. Nos mortificamos el saco.

ELIANA.—Si tú quisieras...

GABRIEL.—¿Qué?

ELIANA.—Yo volvería a tocar en el Bar, mientras tú consigues algo... Gabriel.—No, ya te he dicho que no quiero... Bases que te asegure el Bar, porque no podía soportar ese ambiente canchalesco de borrachos insolentes y de jovencitos imbeciles...

ELIANA.—Te lo digo, porque me ayudaría a salir del paso, en tanto se venían algunos cuandros tuyos. Pero, si tú no quieres, espérennos...

GABRIEL.—Espérennos... Es admirable la posibilidad de ustedes las mujeres...

—Durante dos horas

la extraordinaria peluca

ELIANA.—Pero, ¿qué sacas con desesperrarte, Gabriel?

GABRIEL.—¿Que, que saco? Comprobar que no es justo que un artista como yo se muera de hambre, por la estúpida incomprensión de todo el mundo.

ELIANA.—Ten paciencia: ya ves que yo no me desespero, y sin embargo mi pobre salud me atormenta y me angustia día a día. Pero yo espero, porque Dios no olvida a nadie... El mismo Cielo es generoso con nosotros, Gabriel: a ti te da todos los días maravillas de colores para tus cuadros, y a mí me regala siempre un poquito de mi para mis pulmones enfermos...

GABRIEL.—Con poco te conformas tú. Lo que es yo, te confieso, cada día me aplano más en esta vida sórdida, obscura, anónima.

ELIANA.—A veces pienso, Gabriel, que yo soy la causa de todo tu mal. Me parece que mi misma insignificancia te corta a tu vida alas. Si yo pudiera hacer algo, si yo supiera que sólo podrías surgir y alcanzar la gloria y la fortuna, me alzaría de tu camino para siempre... Tú no sabes, Gabriel mio, cómo sufro con tu sufrimiento: cada hora amarga tuya yo la siento como un reproche para mí...

GABRIEL.—No tienes razón.

ELIANA.—Tal vez, pero es que comprendo que yo no soy más que la compañera de las horas tristes, «la compañerita», como me llamaban antes. Yo no tenía en el mundo más que mi madre y mi violin. Gabriel, ¿cuánta miseria, cómo me quedé él, y cuando en el Bar lo tocaba, parecía que mi violin lloraba con mi soledad y con la angustia de mi corazón que se partía, mientras las gentes rías y bebían indiferentes a toda pena... Viniste tú una noche fría, y ya mi vida tuvo un rumbo y mi alma una ilusión inmensa. Todos los carifios los he condensado en ti. Por eso, cuando te veo ausente, cuando te veo reír, me inunda un gozo profundo, y río y canto, y revoloteo, por esas piezas como una con liviana... Y cuando me acurria, tus frases tristes me suenan como al cien campanitas resacas en mi corazón... En cambio, cuando estás triste, cuando vuelves pesimista y me hablas con dureza, siento miedo hasta de pensar, y sufro y lloro, sin que me veas, y entonces pienso que algún día, cansado ya de tanto sufrir a mi lado, tú te irás, surgirás y la que fué tu Eliana, la que fué tu «compañerita», se irá apagando enferma y sola, sin la esperanza de alcanzarte nunca, de serte reconocida tu amor... ¡Eh!...

GABRIEL.—Vamos, chiquilla, no pienses tonterías. Desde hace algo de tiempo tu imaginación tiene las alas sombrías... A ver, nada de lágrimas ni de hacer conjeturas fantásticas... (La acaricia). ¿Quieres envolverme las dos sanguinas y la acuarela del Parque?

ELIANA.—Sí, en seguida...

GABRIEL.—Voy a ver si consigo algo, aunque estos días de fiesta no los menos indicados para negocios.

ELIANA.—Voy, ¿quieres otra tacita de café?

GABRIEL.—No, hija, por favor, si ya pareció una cafetera que pinta.

(Mutis. Eliana, sonriendo, Gabriel queda mirando por donde se fue.)

¡Pobres!... (Se sienten ruidos de cornetas y casacaes. Gabriel se va a la ventana y mira hacia abajo.)

¡Carnaval!... ¡Histórico Carnaval de toda la vida!... (Pausa. Llaman a la puerta; abre y entra.)

Pineda y Valentina. Pineda es un cómico frezguísimo y oprimido, y Valentina una real hembra, elegante y desenvuelta.)

## Escena II

GABRIEL, VALENTINA Y PINEDA.

PINEDA.—¡Hola, chico!

GABRIEL.—¡Salud, señora!... Pero... ¿a qué debo...?

PINEDA.—No tristes, hombre...

VALENTINA (saludándole).—Si no hay por qué... Pineda me trajo hasta acá a pedido mio y por dos razones...

GABRIEL (algo colidido).—Pero, sientése, por favor, y perdón, mi casa es muy humilde...

VALENTINA.—Pues, una de las razones era ésa: conocer su casa, después su cuarto de trabajo. Es éste, ¿no?

GABRIEL.—Sí.

VALENTINA.—Simpatiquísimo.

GABRIEL.—¡Oh!...

PINEDA.—Pero no te cortes, hombre... Simpatiquísimo, dice bien Valentina... ¿Acaso porque no tienes estatuas de mármol y tapices de Persia, deja tu cuarto de tener ese ambiente inconfundible de las habitaciones ocupadas por los artistas puros, por los hombres que viven por entero entregados a sus ensueños y a un ideal superior, como tú, como yo...?

VALENTINA.—Exacto. Además, yo quiero que ya me considere usted su amiga, y entre amigos no debe haber pueriles cortedades.

GABRIEL.—Sí, efectivamente.

VALENTINA.—¡Ah!, la otra razón era la de pedirte que fuera usted ídem a mi casa, en vez del jueves, para seguir pintando el retrato.

GABRIEL.—¡Ah!, perfectamente... ¿A qué hora?

VALENTINA.—Lo espero a tomar el té, y después trabajamos.

PINEDA.—¿A la hora del té? Entonces, voy contigo mañana...

VALENTINA.—Pero, es claro, es claro...

PINEDA.—Me decía Valentina, que está encantada con el retrato que está haciendo. Tengo curiosidad por verlo.

GABRIEL.—Con una modelo como ella, no es ninguna gracia hacer una bella obra.  
 VALENTINA.—¡Oh, por Dios!  
 FINEDA.—Madrigaleco estás, ¡vive Dios!... Bueno, a tal mujer, tal artista.  
 VALENTINA (observando una cabeza al carbón que representa a Eliana).—¿Y esta cabeza tan bonita? ¿Alguna modelo?  
 GABRIEL.—No, este...  
 VALENTINA.—¿Su señora...?  
 GABRIEL.—Mi compañera.  
 VALENTINA.—¡Ah, muy bonita, y qué expresión tan suave!

### Escena III

Dichos y ELIANA.

ELIANA.—Aquí está el paquete... Buenas tardes, Pineda... (Deteniéndose sorprendida ante la elegancia de Valentina). ¡Ah, perdón! GABRIEL.—Eliana, la señora Valentina Morel.  
 ELIANA.—Señora...  
 VALENTINA.—Estaba clogando su hermosura, señora...  
 ELIANA.—Muchas gracias. Es muy amable la señora...  
 FINEDA.—Y, ¿qué tal, Elianita? ¿No se piensa disfrazar, divertirse un poco?  
 ELIANA.—No, Pineda... (Valentina observa a Eliana con irónica curiosidad. Hay una pausa molesta, que rompe Gabriel).  
 GABRIEL.—Pues, lé mañana, señora, como me lo indica...  
 VALENTINA.—Se lo ruego, porque el jueves estaré todo el día en mi casa de Valparaíso.  
 GABRIEL.—Muy bien.  
 VALENTINA.—Y no los molesto más... He tenido un verdadero agrado en conocer a su linda señora... (Le da la mano a Eliana).  
 ELIANA.—Muchas gracias... Igualmente, señora.  
 VALENTINA.—Hasta mañana entonces, Gabriel.  
 GABRIEL.—Hasta mañana, señora.  
 VALENTINA.—Ya es tiempo de que me diga usted Valentina.  
 FINEDA.—Claro, hombre... Siempre ha sido tan torto este Gabrielito.  
 VALENTINA.—Buenas tardes...  
 ELIANA.—La acompaña, señora; porque esa escalera tiene más recuerdos.  
 VALENTINA.—¿Me acompaña unas cuadas, Pineda?  
 FINEDA.—Sí, bajen no más; las alcanzo en la puerta.  
 GABRIEL.—Hasta mañana. (Mutis Eliana y Valentina). (A Pineda, besos que ellas han salido): ¿Cómo se te ocurrió traerla acá, hombre?  
 FINEDA.—Pero si se empujó, ¿qué le iba a hacer? Te diré que la cosa va viento en popa. Está verdaderamente enamorada. Mandó un mensajero a mi casa para pedirme que la acompañara hasta acá... Y todo Gabriel.—Déjate de bromas.  
 VALENTINA.—Pero no seas imbécil... Te digo que está enamorada... o engañachada, si quieres. Es un golpe, chico. Hay allí muchos billetes. Es amiga de la mar de viejos de posición, etc. El porvenir, chico, el porvenir...  
 GABRIEL.—No seas fantástico, hombre...  
 FINEDA.—¡Ah, si no aprovechas esto, eres un pingüino. ¿Qué quieres? ¿Serás apollónido en esta pobrecita? ¿Que Eliana es buena, que te quiere mucho? Bien, pero hay que vivir, mi hijo, y vivir bien, ¿no te parece?  
 GABRIEL.—(No estando viendo visiones tu).  
 FINEDA.—Pero si eso se está cayendo de maduro. Y más cuando yo trabajo el asunto con un talento... ¡Ah!, te advierto, ¿eh? que si te estás haciendo el interesante, te la quito, ¡ah! te la quito. Bueno, luego vuelvo, voy a encajonarla y a echarle otra manito... ¡Chócala, pintorcelo, que se ha hallado la Virgen amarrada en un abrigo de pieles!... ¿Qué le digo?  
 GABRIEL.—Nada, ya veré yo mañana cómo está el terreno y le diré...  
 FINEDA.—Bueno, ándate, que te estás esperando...  
 FINEDA.—Ah, el hipocrita!... Tienes una suerte... Esta mujer será la triunfo, acuérdate: tu triunfo... y me lo deberás a mí... ¡Lágrime tu vuelvo... Chao. (Mutis. Al salir Pineda, saludó al viejo Ferreira, que viene llegando con Eliana). Salud, viejo Ferreira... (Y se va).

### Escena IV

GABRIEL, ELIANA y el VIEJO FERREIRA.

(Este Ferreira es un viejo simpático, el tipo del bohemio limpio, noble, generoso y sencillo. Viste pobremente, pero con limpieza y sobriedad; melena, barba, corbata voladora, chambergo y pipa. Es dibujante y pianista a ratos).

FERREIRA.—Salud, pintorcelo, ¿cómo te va?...  
 GABRIEL.—¡Hola, viejo... Como siempre...  
 FERREIRA (sentándose).—Vengo cansado: he caminado mucho hoy...  
 ELIANA.—¿Le preparo un caféito, don Juan Manuel?  
 FERREIRA.—Venga el caféito... ¿Y los ánimos cómo están? ¿Siempre sigue el pesimismo, la desesperación?  
 ELIANA.—Siempre. Hoy ha estado Gabriel más triste y abatido que otros días...  
 FERREIRA.—Para hacer contraste con el Carnaval. Siempre estos artistas históricos tratan de llevarle la contraria al mundo... ¿Y por qué esa fúnebridad, mi señor don Gabriel?  
 GABRIEL.—¿Por qué ha de ser?... Por lo de siempre...  
 FERREIRA.—¿La pobreza?  
 GABRIEL.—¿Tú crees que hay derecho a que mientras una multitud de pagueros y farosantos viven del arte, uno tenga que andar peregrinando constantemente por entre comerciantes, aficionados, entendidos y no entendidos, casi suplicando que me compren una tela, sin conseguirlo...?  
 FERREIRA.—También me causó a mí la peregrinación. Veinticinco años

he peregrinado yo con mis cuadritos, y al cabo de veinticinco años de peregrino... ¡riele tú de los que van a Lourdes o a Andacollo... me he venido a convencer de dos cosas: de que el mundo es muy bruto al no adquirir más admirables dibujos, y de que yo soy más bruto cuando he tardado veinticinco años en convencerme de mi fracaso como pintor...  
 ELIANA.—¡Pobrec don Juan Manuel!... Sin embargo, sigue siendo usted alegre y bondadoso con todo el mundo...  
 FERREIRA.—Y no hay más remedio, hija.  
 GABRIEL.—La vida es injusta, viejo...  
 FERREIRA.—¡Ah, si fueran esas cosas las injusticias de la vida... pero son tantas y tan bárbaras!... (Quiérese tú algo más injusto que las prerrogativas de la mujer y los deberes del hombre).  
 ELIANA.—Bueno, ahora nos toca a nosotros. Voy a pasarle un poquito de café para que tenga más ánimo de atacarnos...  
 FERREIRA.—¿Atacar? ¿Qué voy a atacarlos a ustedes, criaturas de locos? Yo ataco las leyes, y me hallarás razón tú misma, canario. Aténdeme un poco...  
 ELIANA.—Soy toda oídos, señor reformador...  
 FERREIRA.—¡Ah, está delicioso el venenito volteriano! Bueno, dime: ¿hay razón en que después de que los polibricados hombres las señoras tengamos, después de todo ese trabajo, que alimentarias también?...  
 ¡Hay derecho...  
 ELIANA (riendo).—Es delicioso esto don Juan Manuel...  
 FERREIRA.—Si yo gobernara estos países, dictaría un decreto-ley, que dijera así: «Nos, Juan Manuel I.—porque yo sería emperador y no presidente: me revientan las democracias...—Nos, Juan Manuel I, Emperador de la América del Sur, decreto: 1.º Todas las mujeres de mi Imperio están obligadas a proporcionar alimentos a los hombres, hasta su mayoría de edad. 2.º La mayoría de edad de los hombres comenzará a regir a los cuarenta y cinco años...»  
 ELIANA.—Yo creo que se le iba a despolpar al Imperio...  
 FERREIRA.—¿Quién pudiera tomar la vida como tú, viejo Ferreira!  
 FERREIRA.—¡Ah!, «la vida es una cosa demasiado grave para tomarla en serio», dijo Oscar Wilde... ¿Cómo no me quejo yo de mi suerte, yo, que tengo que sufrir la persecución torturante de la señora Margarita?  
 ELIANA.—(De la encargada de estas piezas).  
 FERREIRA.—De ella misma.  
 GABRIEL.—¡No diga! ¿Te persigue?  
 FERREIRA.—¡Ah, pero en forma española! Se me insinúa de mil maneras. Con decirte que, a veces, le iba a introducir disimuladamente en mis bolsillos algunos venturosos peses...  
 GABRIEL.—Y tú, ¿se los devuelve?  
 FERREIRA.—¡Hijo...! Yo también me hago el disimulado... ¿Qué quieres? Los monitos que pinto, y las clases de violín que hago, no me alcanzan para cubrir mi presupuesto.  
 GABRIEL.—Muy bien, muy bien!...  
 ELIANA.—(Carabamb!... Yo no sabía de este idilio...  
 FERREIRA.—¡Grotesco!... Todo es grotesco cuando se llega a viejo. Es muy buena Margarita...  
 ELIANA.—Sí, muy buena...  
 FERREIRA.—Pero, ¡tan fea!, tan fea que, puestas en una balanza, pesa más su fealdad que su bondad. No me le atrevo, francamente. De cuando en cuando le digo alguna frase más o menos alamburada, irónicamente, claro... pero ella se lo toma en serio y cree que me estoy declarando, y toma unos modos borrosos y púdicos, que le señalan como a un Cristo dos pitólicas... ¡Sacando un paquetito que traerá en el bolsillo. ¡A que no adivina el camarero qué es lo que traigo aquí!  
 ELIANA.—No se me ocurre don Juan Manuel...  
 FERREIRA.—Un poderoso remedio que me ha recomendado un farmacéutico amigo para esa tocecita que la molesta a usted, ¿eh? (Le pasa un frasquito).  
 ELIANA.—Un millón de gracias, don Juan Manuel.  
 FERREIRA.—Ahora, antes de comida, se toma una cucharada...  
 GABRIEL (irónico).—Antes de comida... ¿de cuál? Dirás, antes del café...  
 FERREIRA.—Pero, ¿cómo! Ustedes creían que hoy, día de Carnaval, de el que todo el mundo ríe, ¡nosotros no vamos a comer, ni a reír, a beber como todo el mundo? ¡Bueno!... ¡Ved!... ¡Sacando unos billetes! Ved a este miserable señor, comprador de honras, de almas, de glorias y de venturas, estrujado desdenosamente entre mis dedos de artista...  
 GABRIEL.—¡Pero estás hecho un Cresol...  
 FERREIRA (a Eliana).—Convierta usted estos miserables papeles en materias sólidas y líquidas, para celebrar dignamente este día de billicio, de rostros enharinados, de trajes multicolores y músicas de cascabeles. Ahora no más deben llegar el poeta Martínez con su Guapita; los he invitado sin consultarlos a ustedes, porque así que son personas gratas, ¿no es así?  
 GABRIEL.—Gracias, ¡no es así!  
 FERREIRA.—Vaya, Elianita, y compré lo que sea preciso.  
 ELIANA (pasando a la pieza vecina, derecha).—Él, en seguida. (Mutis).

### Escena V

GABRIEL y FERREIRA, luego ELIANA.

FERREIRA.—Aún quedan acá dos billetes... uno para ti y otro para mí. Me han pagado, cosa que rara vez ocurre, dos de mis alumnos de piano. No hay duda: tengo una fortuna en estos dedos que saben hacer de todo Tom...  
 GABRIEL.—No te hará falta?  
 FERREIRA.—A mí me hacen falta muchos miles como este, de manera que, ¿para qué me sirve una sola? Toma...  
 ELIANA (volviendo, muy humilde).—¿Qué...? ¿Qué quieren que traiga?  
 ¿Qué quieres tú, Gabriel?  
 GABRIEL.—Lo que tú desees, hija.  
 FERREIRA.—¡Ché, o si linda amiga! lo que usted quiera...  
 ELIANA.—Este... yo quisiera pedirle un favor, don Juan Manuel...

**FERRERA.**—¿Un favor? Mil, Eliana.  
**ELIANA.**—¿Tú, no te enojas, Gabriel?  
**GABRIEL.**—No, hija: habla.  
**ELIANA.**—Es que yo quisiera abonar de este dinero un mes de lo que debemos por las piezas a la mayordoma... Si no es abusar, don Juan Manuel...  
**FERRERA.**—Pero sí, hija querida!... No faltaba más... Si es usted dueña de eso, haga lo que quiera... La cuestión es que no nos deje sin cosa...  
**ELIANA.**—¿Gracias, muchas gracias! Así estaremos menos angustiados, ¿no te parece, Gabriel?  
**GABRIEL.**—Ya lo creo: haslo, y muchas gracias, Ferrera, ¿eh?  
**FERRERA.**—Bueno, sí vamos a hacer escenitas sentimentales, me voy...  
**ELIANA (gostosa).**—¡Nó, en seguida estoy de vuelta! ¿Ves que Dios es bueno, Gabriel?  
**GABRIEL.**—Dios eres tú, Ferrera...  
**ELIANA.**—Adiós, ateo... (Besa a Gabriel y sale segunda izquierda).

## Escena VI

GABRIEL y FERRERA.

**FERRERA.**—¡Pobrecita, qué contenta va!  
**GABRIEL.**—Tú has operado el milagro, porque hace un momento estábamos profundamente tristes.  
**FERRERA.**—Es que tú eres poco piadoso con ella, Gabriel. ¿Por qué la contagias de tus preocupaciones? Sabes que la pobre está enferma, que te quiere tan hondamente, tan humildemente, que todo lo tuyo repercute en ella hasta lo más íntimo...  
**GABRIEL.**—Sí, me doy cuenta, viejo, pero es que no puedo disimular mi hastío de esta vida miserable y obscura...  
**FERRERA.**—Pero no tienes derecho a amargarle su vida a ella... ¿Qué te cuesta disimular un poco? ¿No has visto la expresión de gozo profundo que tiene cuando le haces una carleña o le dices una palabra tierna? ¿Tú crees que mi alegría es siempre sincera? No, nombre, no, pero no me cuesta nada fingirme feliz, alegre, porque sé que la pobre se contagia de mi contento...  
**GABRIEL.**—Tú, viejo, puedes hacerlo, primero porque eres muy bueno, y luego porque, aunque vienes todos los días, vienes por una o dos horas... En cambio, yo llevo un año y medio viviendo con ella, y en este tiempo parece que la vida se ha mostrado más dura y amarga que nunca con nosotros. Y es que soy cobarde lo confieso, viejo... No tengo valor para seguir soportando esta vida achaltada, sin horizontes...  
**FERRERA.**—Pero, entonces, ¿no eres artista de verdad?  
**GABRIEL.**—Si el ser artista es ser un pobre diablo acorralado por la miseria, no soy artista...  
**FERRERA.**—Estoy por creer que eres un burguesito disfrazado...  
**GABRIEL.**—Entiéndeme, viejo. Yo quiero surgir, yo quiero subir... No puedo resignarme a este anonimato infeliz. Tengo aspiraciones...  
**FERRERA.**—Ambiciones...  
**GABRIEL.**—Bueno, ambiciones. Necesito otro ambiente donde desarrollar mis facultades.  
**FERRERA.**—Te juro que me estás dando una desilusión profunda. Toda esa palabrería que estás empleando es para justificar alguna infamia que piensas hacer.  
**GABRIEL.**—¿Eh?  
**FERRERA.**—A ver, ¡mirame! Dime que no. Niégame que un pensamiento insensato se te ha metido en el alma, y niégame que ese pensamiento es el que te estoy adviniendo...  
**GABRIEL.**—¿A qué te refieres?  
**FERRERA.**—A Eliana, y a esa... «señora»... a quien estás pintando un retrato...  
**GABRIEL.**—¿Y qué?  
**FERRERA.**—Esa mujer te está conquistando: es una aventurera de tono...  
**GABRIEL.**—¡Viejo Ferrera!  
**FERRERA.**—No soy ni defensora? Así no haces más que justificar mi tenor. Te está conquistando, repito: cansada de amorios aristocráticos, busca ahora un amante artista, que ella supone raro, espiritual, superior y tú te estás dejando envolver en la fascinación de sus joyas y de sus trajes de seda...  
**GABRIEL.**—Viejo, me estás ofendiendo...  
**FERRERA.**—¿Qué ofendiendo?  
**GABRIEL.**—Y si así fuera... ¿qué habría?  
**FERRERA.**—¿Habría un canalla más en el mundo... Eso habría?  
**GABRIEL.**—Bueno, viejo, cambiamos de tema, porque vamos a salir peleando...  
**FERRERA.**—Y pelaremos. Pero que yo te diga la verdad no me lo impide ni Dios. Pero, dime, ¿qué crees tú que es ser artista? ¿Piensas que con sólo dejarse la melena larga, fumar en pipa y pintar cuatro monas mal pintadas, ya se es artista?... No, Gabriel, no: Arte es belleza, y belleza es bondad. El artista debe ser bueno, ante todo, y se puede ser buen artista y buen hombre sin pipa, ni corbata voladora ni melena revolucionaria. Lo contrario, es ser un estafador del arte.  
**GABRIEL.**—Bueno, ya me has dicho todo lo que has querido. No dirás que no soy tolerante ni paciente. Ya está... ¿qué es lo que quieres? ¿Que no deje a Eliana, que me resigne a esta vida... ¡aca y metélanos!  
**FERRERA.**—Bueno, aceptado. Seré artista, seré buen hombre, y así no moriremos de hambre Eliana y yo. Perfectamente: te doy mi palabra de no pensar más en ello, por lo menos ahora que el Carnaval nos hace ser farsantes a todos. (Tendiéndole la mano). ¿Reconciliados?  
**FERRERA.**—Sí, Gabriel: si tú sabes que yo les quiero a ustedes, hasta con un poco de chifladura. Por eso me exalto. No pienses más locuras. Ya vendrá la suerte en tu ayuda y comprenderás que has hecho bien en no cegar un tesoro de ternura y de bondad como es Eliana.

(Se sienten golpes a la puerta. Abre Gabriel, y entra Margarita, la encargada de las cosas, muy enojadísima, sin tocar el saliente).

**GABRIEL.**—¡Adelante!  
**MARGARITA (abriendo y entrando).**—Buenas tardes.

**FERRERA (aparte).**—Bueno, ya tengo a mi Dulcinea en puerta... (A ella). Y, ¿qué cuenta, doña Margarita?  
**MARGARITA.**—Nada de nuevo, don Juan Manuel: me aburría sola, viendo pasar mascaritas... y resolví venir a latearlos un rato... La Elianita, ¿salíó?  
**GABRIEL.**—Sí, pero ahora no más debe volver... Síntese... (Margarita se sienta).  
**MARGARITA.**—¿Han visto? También de este barrio salen muchas mascaritas: seguramente trán a la Alameda.  
**FERRERA.**—Y usted, ¿no piensa disfrazarse?  
**MARGARITA.**—No, don Juan Manuel.  
**FERRERA.**—Bueno, no hace falta tampoco que se disfrace... Quiero decir que eso de disfrazarse queda para la muchachada loca, frívola y bullanguera... Pero a los que hemos entrado en las doradas sillas, en las nidas del otoño... (aparte a Gabriel): ¡Qué delicada manera de amarla vieja, eh? ... Nos queda la alegría reposada y un tanto triste de las almas que viven por el recuerdo...  
**MARGARITA.**—¡Qué bonitas cosas dice siempre don Juan Manuel!  
**FERRERA.**—Usted me las inspira, Margarita... ¡Ah!, si Melisóstoles hiciera el milagro de volverme como a Fausto a la juventud, ¡qué gusto vendería mi alma por esta Margarita!...  
**MARGARITA.**—¡Por Dios!, don Fausto, digo...  
**FERRERA.**—No me diga Don Fausto, pues, señora, porque me verá en la dura necesidad de decirle Doña Crisanta... (Gabriel ríe).  
**MARGARITA.**—¡Ay!, este don Juan Manuel, no se sabe nunca cuando habla en broma y cuando habla en serio... Yo le perdono todas sus burlas por lo simpático que es no más...  
 (Se sienten voces de Pineda, Martínez, Chispita y Eliana, que vienen subiendo la escalera).

**GABRIEL.**—¡Ah! vienen Pineda y Martínez, discutiendo como siempre...

## Escena VII

DICHOS, ELIANA, CHISPITA, MARTINEZ Y PINEDA.

(Todos entran cargados de paquetes y con gran bullicio).

**ELIANA.**—Bueno, no peleen más, por favor... Señora Margarita, ¿cómo le va? Tengo que hablar con usted. Ayúdeme un poquito, ¿quiere?  
 A estos me los encontré discutiendo en la esquina y los aproché.  
**MARTINEZ.**—Tú tienes una mentalidad de cómico ignorante...  
**PINEDA.**—Y tú la de un poeta pedante y ríspido... (Saltados a Gabriel y a Ferrera).  
**CHISPITA.**—¡Ay, Dios mío! ¿Quién inventaría los poetas y los cómicos?  
 ¿Cómo le va al ilustre maestro de la barba cana, y al del rostro pálido y la sonrisa triste?  
**GABRIEL.**—¿Y cómo le va a la minúscula Chispita?  
**CHISPITA.**—A mí siempre me va bien. Y el día que me vaya mal, sí día que ese canalla (por Martínez) no me despierte con un beso y no me haga dormir con un soneto romántico, me compro un ramo de violetas, me tiendo en mi cama, le escribo una carta al juez, me pongo una inyección de morfina... y ¡adiós, Chispita!, ya tú la Chispita! Y ustedes, todos muy tristes, me recordarán en este mismo cuartito: «Te acuerdas de la Chispita? ¿Tan bonita que era?»  
**ELIANA.**—Y tan loca!  
**MARTINEZ.**—Y tan metete!  
**CHISPITA.**—Y tan tonta, que se enamoró locamente de un poeta sin tan teol...  
**GABRIEL.**—Tú, Chispita, naciste para cantar coplús franceses... Tú misma eres un coplús francés...  
**CHISPITA.**—Y tú naciste para decir tonterías. Yo, hijo, nacl para para reír, para alegrarlos a ustedes, locos de azar. Bueno, pero aquí veo muchos preparativos para comer y beber, y no pasan de preparativos...  
**ELIANA.**—Es cierto. Bueno: dispongamos todo.  
**ELIANA.**—Gabrielo, ¿me ayudas?  
**GABRIEL.**—Claro...  
**PINEDA.**—A ver, señores: acción. Los hombres, a buscar copas, servirlas más silas... Las señoras, a disponer los comestibles y los bebestibles.  
**FERRERA.**—Eso es. Vamos.  
**MARGARITA.**—Yo, con el permiso de ustedes, me voy a retirar.  
**FERRERA.**—¿Usted irse? ¡Jamás!  
**GABRIEL.**—No, señora...  
**ELIANA.**—Claro que no, no faltaba más... Usted ha de participar de nuestro contento. Ustedes, la Pineda y Martínez) ¿no conocen a la señora Margarita? Se las presento: es la encargada de una serie de cuartos, ocupados por soñadores más pobres que las ratas. Parece que el Dios de la Piedad la eligió para ese cargo. Es paciente, bondadosa y compasiva. Ella tiene más derecho que nadie a nuestro reconocimiento y a participar de nuestro banquete.  
**PINEDA.**—Muy bien dicho. (Tránsicón). Dígame, señora, ¿no le quedará algún cuartito desocupado para mí? (Risas).  
**MARGARITA.**—No, pues, señor, no me queda ninguno.  
**FERRERA.**—Doña Margarita presidirá el festín, y nos facilitará algunos utensilios indispensables, ¿no es cierto?  
**MARGARITA.**—¿Cómo no!  
**FERRERA.**—Manos a la obra.

(Se van por derecha Gabriel, Pineda y Martínez, y por izquierda Margarita y Ferrera. Quedan en escena Eliana y Chispita).

## Escena VIII

ELIANA y CHISPITA.

**ELIANA.**—¡Qué bien has hecho en venir! ¡Estaba tan triste, Chispita! Chispita (mientras deshacen paquetes y acomodan las cosas).—¿A qué he notado, y por qué? ¿Gabriel ha seguido con sus cosas?  
 (Continuará en el próximo número).